

Suma y sigue, y sigue...

Diario de Navarra, 17. 09. 2008

Uno. Ya nos explicará el señor Azanza (Instituto Navarro del Vascuence) qué significa “normalizar” el euskera en la zona mixta, donde esa lengua está bien lejos de ser normal, por no decir que desapareció hace tiempo. Mientras lo explica, digamos que el reciente Decreto que otorga algunos puntos al conocimiento del euskera en el acceso al empleo público de esa zona es una concesión al nacionalismo vasco. No me refiero sólo al nacionalismo vasco declarado de partidos y otras varias organizaciones. Es una concesión también al “nacionalismo ambiental”, esa atmósfera de tópicos y prejuicios con los que muchos ciudadanos alimentan su conciencia favorable a un vascuence que jamás han necesitado emplear.

Es una concesión pequeña, casi testimonial, me dirán. Pero, aunque añadida al concursante tan sólo del 3% al 6% como mérito (y ya verán cómo se implanta la última cifra), ese plus con que se le premia carece de justificación. La zona mixta no nació en la Ley del Vascuence del hecho de que sus habitantes manejaran euskera y castellano indistintamente, o de que unos se sirvieran de aquél y los otros de éste. Nació tan sólo de que en algún pasado remoto allí sonaba la lengua vasca, de la que hoy sólo subsisten vestigios en forma de topónimos. ¿Y alguien ha visto que los campos o las piedras gocen de derechos...? Dudo que en esa zona viva un sólo hablante habitual del euskera y, de haberlo, estoy seguro de que se entiende mucho mejor en español. La zona mixta es zona no vascófona. De modo que la atención al público que se invoca como fundamento del mérito asignado, si la hubiera, sería forzada o caprichosa. ¿Que también al inglés, francés y alemán se les concede una ventaja parecida? Ya, pero conocer tales idiomas en esa región parece un mérito más indiscutible que el euskera. Es bastante probable que los funcionarios de turno tropiecen con turistas que les hablen así o necesiten para cumplir su cometido acudir a algún folleto escrito en una esas lenguas. No era preciso compensar lo uno con lo otro. Sencillamente al Gobierno, como tantas veces, le faltan en esta materia ideas claras y coraje político.

Dos. También le faltan esas ideas y ese coraje en la aprobación de la encuesta sobre el vascuence en Navarra que ya ha sido encargada y puesta en marcha. A juzgar por su cuestionario, ese estudio desdeña *todas* las advertencias que llevo años presentando, la última vez al propio consejero en su despacho y a la opinión pública en este periódico (“La realidad sociolingüística real”, 7 de junio 2008). Son advertencias compartidas también por el profesor Amando de Miguel en su texto “Sobre la validez de las encuestas sociolingüísticas”, que el consejero tenía encima de su mesa. Pero era demasiado esperar que un servidor y aquel sociólogo merecieran mayor confianza ante la autoridad educativa que la acreditada consultoría Ikertalde de Bilbao, cuyo cliente más asiduo en estos menesteres es el Gobierno Vasco.

Así que volvemos a las andadas y, a la vista del rigor del cuestionario, los resultados de la encuesta (telefónica, no se olvide) serán tan poco creíbles como siempre. Pues, díganme, ¿cómo comprobaremos el nivel de conocimiento de euskera que el sujeto euskaldún se atribuye, y si lo habla con más facilidad que el castellano, y el saber que les adjudica a su pareja e hijos, amigos, compañeros de trabajo o funcionarios que le atienden? ¿Cómo verificar si lo habla con sus amigos, vecinos o dependientes, cuando así lo confiese...? ¿Y el grado de interés que declara hacia esa lengua, y el número de libros que dice leer, y si lo sabe escribir y hasta qué punto...? ¿Acaso hace falta indagar a estas alturas si en su comarca el euskera es más o menos útil que el castellano? ¿Y en qué habría de condicionar nuestra política lingüística el que el encuestado desee que su municipio sea incluido en la zona mixta? ¿Pero es que tiene algún sentido sensato inquirir “cómo le gustaría que se hablase en un futuro en su zona”, como si fuera cuestión de gusto o de fe (y no de necesidad o de derecho) que allí se hable “sólo en euskera”? ¿Por qué no pedirlo a los Reyes Magos?

Esas últimas preguntas, y otras cuantas más, sólo se plantean a la población que se tiene por euskaldún. Al parecer nada importan las actitudes de la inmensa mayoría de no euskaldunes ante el euskera, su juicio del uso por parte de la Administración o acerca de los ámbitos en que debería potenciarse. Claro que a los castellanohablantes se les hace de nuevo la pregunta del millón, “¿Le gustaría saber euskera?”, lo que tiene el mismo valor que preguntar si les gustaría saber swahili o punto de cruz de forma gratuita y sin esfuerzo. A saber, *ninguno*, a menos que se cuestione también el lugar

relativo de ese deseo entre otras cuantas preferencias, a qué “gasto” personal estarían dispuestos por satisfacerlo, etc. Ni a Ikeralde ni al Instituto Navarro de Vasconia que lo ha contratado por 53.000 euros se le ocurren estas precisiones de cajón. Pura ciencia sociológica, no se hable más. (Aplausos incontenibles).